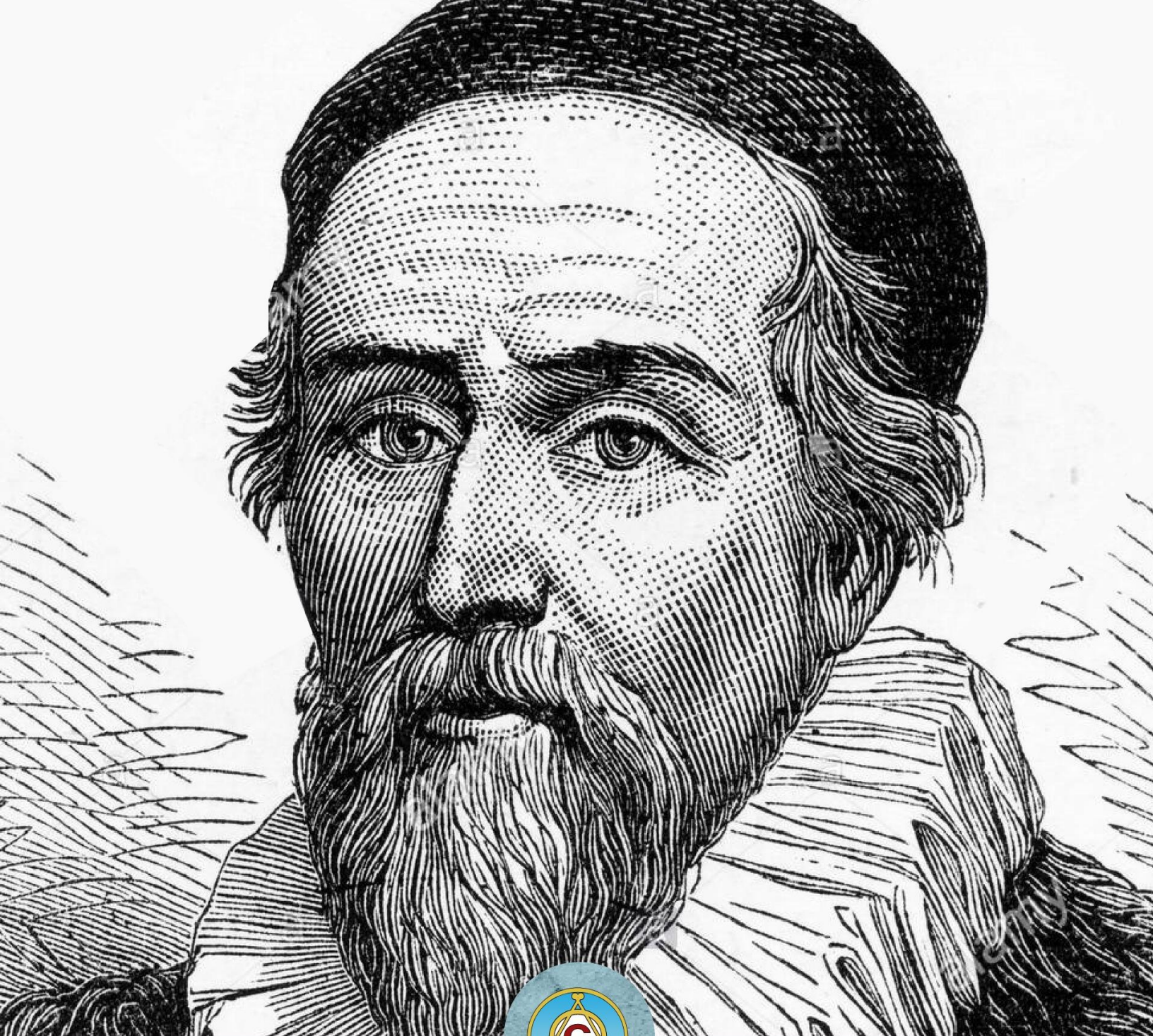




J. C. RYLE

John Hooper, el obispo martirizado de Gloucester

Su época, vida, muerte y opiniones.

Iglesia Anglicana Ortodoxa

LA IGLESIA ANGLICANA ORTODOXA COMUNIÓN MUNDIAL



JOHN HOOPER, EL OBISPO MARTIRIZADO DE GLOUCESTER: SU ÉPOCA, VIDA, MUERTE Y OPINIONES

Por el Obispo J. C. Ryle

**Obispo Presidente Jerry L. Ogles
Traducción del Rev. José Antonio Rios
Anglican Orthodox Church
Statesville, North Carolina**

John Hooper

Obispo y Mártir



En días de polémica religiosa, nadie es tan útil para su generación como el hombre que aporta un poco de "luz". En medio del estruendo y la lucha de la guerra eclesiástica, en medio de la niebla y el polvo que levantan los contendientes excitados, en medio de afirmaciones y refutaciones, un hombre pensante a menudo llorará con el filósofo moribundo: "Quiero más luz: dame más luz." Aquel que puede hacer crecer dos mazorcas de maíz donde antes solo crecía una, ha sido correctamente llamado benefactor de la humanidad. Aquel que puede arrojar algunos rayos de luz fresca sobre las cuestiones teológicas del día, seguramente está haciendo un servicio a la Iglesia y al mundo.

Pensamientos como estos pasaron por mi mente cuando elegí el tema de este artículo biográfico, "John Hooper, el obispo martirizado de Gloucester: su época, vida, muerte y opiniones". Lo elegí con un significado. Durante mucho tiempo he sentido que las vidas y opiniones de los reformadores ingleses merecen un estudio atento en la actualidad. Creo que una imagen de John Hooper arrojará una luz útil sobre puntos de gran interés en nuestro tiempo.

Vivimos en días en que la Iglesia Romana está haciendo gigantescos esfuerzos para recuperar su poder perdido en Inglaterra, y miles de ingleses la están ayudando. Nadie está haciendo la obra de Roma tan a fondo como ese singular cuerpo de eclesiásticos ingleses, los Ritualistas extremos. Consciente o inconscientemente, están allanando el camino para su avance y poniendo los rieles para sus trenes. Están familiarizando las mentes de miles de personas con el ceremonial romano, su sombrerería, sus procesiones, sus gestos, sus posturas, su estilo de adoración teatral y sensual. Están predicando y publicando audazmente la doctrina romana, la presencia real, el carácter sacerdotal del ministerio, la necesidad de la confesión auricular y la absolución sacerdotal. Están proclamando en voz alta su deseo de reunirse con la Iglesia de Roma. En resumen, parece que la batalla de la Reforma debe volver a librarse. Ahora, antes de volver a Roma, comprendamos a fondo qué era el romanismo inglés. Traigamos la luz. No demos un "salto en la oscuridad".

Vivimos en tiempos en que muchos eclesiásticos se burlan abiertamente de nuestra Reforma y se burlan de nuestros reformadores. Los mártires, cuya sangre fue la semilla de nuestra Iglesia, son abusados y vilipendiados, y declarados no ser mártires en absoluto. A Cranmer se le llama "un traidor cobarde" y a Latimer, "un matón grosero y analfabeto!" Se dice que la Reforma fue "un desastre absoluto" y

un "cambio tomado de la mano por una conspiración de adúlteros, asesinos y ladrones". (Véase Church Times, del 14 de marzo de 1867.) Estudiemos hoy a uno de nuestros principales reformadores y veamos cómo era ese hombre. Pasemos bajo revisión a uno que fue amigo y contemporáneo de Cranmer, Ridley y Latimer, y un colaborador destacado en la obra de la Reforma. Averigüemos cómo vivió, cómo predicó, qué pensó y cómo murió. Una vez más digo, traigamos luz.

Vivimos en tiempos en los que prevalecen las tergiversaciones más extrañas sobre el verdadero carácter de la Iglesia de Inglaterra. ¡Decenas de personas en todo el país no se avergüenzan de denunciar el nombre mismo del protestantismo y de decirle a la gente que los eclesiásticos "evangélicos" no son eclesiásticos en absoluto! En verdad, son calvinistas, puritanos, disidentes, metodistas, fanáticos y similares, ¡y deberían dejar la Iglesia de Inglaterra e ir a su propio lugar! Pongamos estas afirmaciones a prueba haciendo referencia a unos pocos hechos claros.

Examinemos los sentimientos registrados, las opiniones escritas, de uno de los mismos teólogos a quienes debemos nuestros Artículos y Libro de Oraciones, con muy pocas modificaciones. Escuchemos lo que el obispo Hooper escribió, pensó y enseñó. No concedamos apresuradamente que los ritualistas y los "altos eclesiásticos" son los verdaderos representantes de la Iglesia de Inglaterra. " Justo parece el primero que aboga por su causa; Pero viene su adversario, y le descubre.". (Prov. 18. 17.) Una vez más, digo, encendamos la luz.

- I. Comenzaré dando algún relato de los tiempos del obispo Hooper. - ¿Qué tipo de tiempos fueron estos desde el punto de vista religioso? De las páginas de Fox, Strype, Burnet, Soames y Blunt, permítanme intentar proporcionar algunos datos históricos.

John Hooper nació en 1495 y murió en 1555. Vio la luz por primera vez en el reinado de Enrique VII y fue quemado durante el reinado de la reina María. Vivió todos los reinados de Enrique VIII y Eduardo VI, y fue testigo ocular de todo lo que sucedió bajo el gobierno de esos dos reyes. Los sesenta años de su vida transcurren en uno de los períodos más accidentados de la historia de Inglaterra. Sería imposible exagerar la diferencia que había entre Inglaterra en 1495 y la misma Inglaterra en 1555. Desde un punto de vista religioso y moral, todo el país estaba patas arriba. Cuando nació Hooper, la Reforma inglesa no había comenzado y la Iglesia de Roma gobernó Inglaterra sin ser molestada. Cuando murió, la Reforma había echado raíces tan profundas que ni la contradicción ni la persecución pudieron derribarla.

¿Cuáles fueron las principales características de la religión inglesa antes de la Reforma? ¿En qué estado encontró a nuestros antepasados el poderoso cambio que Hooper presenció y ayudó a avanzar? En una palabra, ¿qué le debe Inglaterra a esa subversión del papado y esa introducción del protestantismo, en la que Hooper fue un instrumento destacado? Permítanme intentar dar una breve respuesta a estas

preguntas. Son temas, lamento decirlo, sobre los que la mayoría de la gente parece no saber nada en absoluto. Las mentes de la gran mayoría de mis compatriotas parecen estar totalmente en blanco sobre la historia de hace trescientos años. Con todo el revuelo sobre la educación, el desconocimiento de la historia de nuestro propio país es algo lamentable, espantoso y deprimente. No puedo creer que el Ritualismo extremo hubiera obtenido tantos adeptos, si los ingleses supieran el tamaño de nuestra deuda con la Reforma Protestante. Nunca jugarían, manipularían o chapotearían con el papismo, si supieran lo qué es en realidad el papismo.

- (a) Antes de la Reforma, una característica principal de la religión inglesa era la densa ignorancia. Entre todas las clases había una notoria ausencia de todo conocimiento del verdadero cristianismo. Una densa oscuridad cubría la tierra, una oscuridad que se podía palpar. Ni uno entre cien podría haberle dicho tanto sobre el Evangelio de Cristo como podríamos aprender ahora de cualquier niño inteligente de la Escuela Dominical.

No debemos maravillarnos de esta ignorancia. La gente no tenía escuelas ni Biblias. El Nuevo Testamento de Wyclif, la única traducción existente hasta que se imprimió la Biblia de Enrique VIII, costaba 2 libras y 16 chelines. 3d. de nuestro dinero. Las oraciones de la Iglesia estaban en latín, y por supuesto, la gente no podía entenderlas. Allí apenas había predicación. De hecho, se prescribieron sermones trimestrales al clero, pero no se insistió en ellos. Latimer dice que si bien la misa nunca se debía dejar sin decir un solo domingo, sin embargo, los sermones podrían omitirse durante veinte domingos y no se culpaba a nadie. Después de todo, cuando había sermones, eran completamente inútiles: y debemos adicionar que ultimadamente, ser predicador era ser sospechoso de ser un hereje.

Para colmo, el retorno que Hooper obtuvo de la diócesis de Gloucester, cuando fue nombrado obispo por primera vez en 1551, nos da una idea bastante clara de la ignorancia de la época anterior a la Reforma. De 311 clérigos de su diócesis, 168 no pudieron repetir los Diez Mandamientos; 31 de los 168 no pudieron indicar en qué parte de la Escritura se encontraban; 40 no supo dónde estaba escrita la oración del Señor; y 31 de los 40 ignoraban quién era el autor de la oración del Señor!

Si esto no es ignorancia, no sé entonces qué lo es. Si tales fueron los pastores, ¡qué habría sido el pueblo! Si este era el grado de conocimiento entre los párrocos, ¡cuál debió ser entre la gente!

- (b) Pero esto no es todo. Antes de la Reforma, otra característica principal de la religión inglesa era la superstición, de aquella que podemos describir como la más baja y degradante. De la medida en que esto se llevó a cabo, sospecho que pocos tienen la menor idea.

En aquellos días, los hombres y las mujeres a veces tenían la conciencia inquieta y querían alivio. Tuvieron dolor, enfermedad y muerte que atravesar, al igual que nosotros. ¿Qué podían hacer ellos? ¿Adónde podrían ir? No había nadie que les hablara del amor de Dios y la mediación de Cristo, de las buenas nuevas de la salvación gratuita, plena y completa, de la justificación por la fe, de la gracia, la fe, la esperanza y el arrepentimiento. Solo podían dirigirse a los sacerdotes, que no sabían nada por sí mismos y no podían decir nada a los demás. "Un ciego guió a otro ciego, y ambos cayeron al foso". En una palabra, la religión de nuestros antepasados, antes de la época de Hooper, era poco mejor que un sistema organizado de adoración a la Virgen María, adoración de santos, adoración de imágenes, adoración de reliquias, peregrinaciones, limosnas, formalismo, ceremonialismo, procesiones, postraciones, reverencias, cruces, ayunos, confesiones, absoluciones, misas, penitencias y obediencia ciega a los sacerdotes. Fue una gran mezcolanza de ignorancia e idolatría, y un servicio prestado a un Dios desconocido por un asalariado. El único resultado práctico fue que los sacerdotes tomaron el dinero del pueblo y se comprometieron a asegurar su salvación, y el pueblo se jactaba de que cuanto más daban a los sacerdotes, más seguros estaban de ir al cielo.

El catálogo de imposiciones groseras y ridículas que los sacerdotes practicaban con la gente llenaría un volumen, y por supuesto, no puedo hacer más que proporcionar algunos ejemplares.

En la Abadía de Hales, en Gloucestershire, los sacerdotes mostraban un frasco a los que ofrecían limosnas, que se decía que contenía la sangre de Cristo. Al examinarlo, en la época del rey Enrique VIII, se encontró que este frasco notable contenía ni más ni menos que la sangre de un pato, que se cambiaba cada semana.

En Bexley, en Kent, se exhibió un crucifijo, que recibió un honor peculiar y grandes ofrendas, debido a un milagro continuo que se decía que asistía a su exhibición. Cuando la gente ofrecía cobre, el rostro de la figura parecía serio; cuando ofrecieron plata, relajó su severidad; cuando ofrecieron oro, sonrió abiertamente. En la época de Enrique VIII, se examinó este famoso crucifijo y se encontraron cables dentro de él mediante los cuales los sacerdotes podían mover el rostro de la imagen y hacer que asumiera cualquier expresión que quisieran.

En Reading Abbey, en Berkshire, las siguientes reliquias, entre muchas otras, fueron adoradas religiosamente: - un ángel con un ala, - la punta de la lanza que traspasó el costado de nuestro Salvador, - dos piezas de la santa cruz, - la mano de San James, la estola de San Felipe y los huesos de María Magdalena.

En Bury de San Edmund, en Suffolk, los sacerdotes exhibieron las brasas que asaron a San Lawrence, los cortes de las uñas de los pies de San Edmund, la navaja y las botas de Thomas Becket, y tantos pedazos de la cruz de nuestro Salvador como

hubiera sido posible conseguir, que de ser unidos, una inmensa cruz habría resultado.

En Maiden Bradley Priory, en Somersetshire, los fieles tuvieron el privilegio de ver la bata de la Virgen María, parte del pan que se usó en la Cena del Señor original y un trozo del pesebre de piedra en el que nuestro Señor fue puesto en Belén.

En Bruton Priory, en Somersetshire, se guardaba un cinturón de la Virgen María, hecho de seda roja. Esta reliquia solemne era enviada como un favor especial a las mujeres en el parto, para asegurarles un parto seguro. Lo mismo se hizo con un cinto blanco de María Magdalena, guardado en la Abadía Farley, en Wiltshire. En ninguno de los casos, podemos estar seguros, si la reliquia fue enviada sin una contraprestación económica.

Registros como estos son tan tontos y melancólicos que no sabemos si reír o llorar. Pero es absolutamente necesario presentarlos, para que los hombres puedan saber cuál era la religión de nuestros antepasados antes de la Reforma. Por maravillosas que puedan sonar estas cosas a nuestros oídos, nunca debemos olvidar que los ingleses de esa época no sabían nada mejor. Se sabe que un hombre hambriento, en asedios y bloqueos, come ratones y ratas en lugar de morir de hambre. Un alma hambrienta por la falta de la Palabra de Dios no debe ser juzgada con demasiada dureza si lucha por encontrar consuelo en la superstición más humillante.

- (c) Una cosa más aún queda por decir. Antes de la Reforma, otra característica principal de la religión inglesa era la impiedad y la inmoralidad generalizadas. La vida del clero, por regla general, era simplemente escandalosa, y el tono moral de los laicos estaba naturalmente en su punto más bajo. Por supuesto, nunca crecerán uvas de los espinos, ni higos de los cardos. Esperar que las enormes raíces de la ignorancia y la superstición, que llenaron nuestra tierra, den frutos que no sean corruptos, sería irrazonable y absurdo. Pero sería imposible imaginar un conjunto con mayor corrupción que el clero inglés, en los días palmeados del romanismo imperturbable.

Podría hablarles de los hábitos de la glotonería, la embriaguez, Strype y Burnet son mi autoridad para los hechos antes mencionados. Y los juegos de azar, por los que el sacerdocio parroquial se hizo tristemente notorio.

"Con demasiada frecuencia", dice el profesor JJ Blunt, en su excelente historia de la Reforma, "eran personas tomadas de lo más bajo de la gente, con todos los hábitos groseros de la clase de la que procedían, vagabundos en el banco de la taberna, jugadores, que apenas podían leer de memoria a su paternóster, a menudo incapaces de repetir los diez mandamientos, - sacerdotes de masas, que podían leer sus breviarios, y nada más, - hombres a menudo apodados con los nombres poco

halagadores de Sir John "Carente de Latín", Sir John el "balbuceador matutino", o el balbuceante y ciego Sir John. De hecho, la vida carnal, los vientres gordos y la secularidad general de los ministros de religión eran proverbiales antes de la Reforma".

Podría hablarles de la codicia desvergonzada que caracterizó al sacerdocio anterior a la Reforma. Mientras un hombre ofreciera generosas ofrendas en el santuario de santos como Thomas Becket, el clero lo absolvería de casi cualquier pecado. Mientras un delincuente o malhechor pagara bien a los monjes, podría reclamar refugio dentro de los recintos de las casas religiosas, después de cualquier crimen, y casi ninguna ley podría alcanzarlo. Sin embargo, durante todo este tiempo para los lolardos y los wyclifitas no hubo piedad en absoluto. Las mismas tallas que aún existen en algunos edificios eclesiásticos antiguos cuentan una historia en piedra y madera, que lo dice todo hasta el día de hoy. A los frailes se los representaba a menudo como zorros predicando, con el cuello de un ganso robado que se asomaba detrás de su capucha, como lobos dando la absolución, con una oveja envuelta en sus mantos, como monos sentados junto a la cama de un enfermo, con un crucifijo en una mano y con la otra en el bolsillo del paciente. Ciertamente, las cosas deben haber estado en un punto muy bajo cuando las faltas de los ministros ordenados eran tan públicamente ridiculizadas.

Pero la mancha más negra del carácter de nuestro clero de la Prerreforma en Inglaterra es una de la que es doloroso incluso hablar. Me refiero a la impureza de sus vidas y su horrible desprecio del séptimo mandamiento. Los resultados de la confesión auricular, llevada a cabo por hombres obligados por su voto de no casarse nunca, fueron tales que no me atrevo a entrar en ellos. Las consecuencias de encerrar manadas de hombres y mujeres, en la flor de la vida, en monasterios y conventos, fueron tales que no profanaré la mente de mis lectores insistiendo en ellos. Baste decir que los descubrimientos hechos por los comisionados de Enrique VIII sobre el estado de cosas en muchas de las casas llamadas "religiosas" fueron imposibles de describir. Algo menos "santo" que la práctica de muchos de los hombres y mujeres "santos" en estos supuestos retiros "santos" del pecado y del mundo, la imaginación no puede concebir. Si alguna vez hubo una teoría plausiblemente ponderada sobre la balanza y encontrada totalmente deficiente, es la teoría favorita de algunos que afirma que el celibato y el monaquismo promueven la santidad. Los jóvenes románticos y las jóvenes sentimentales pueden llorar las ruinas de las abadías como Battle, Glastonbury, Bolton, Kirkstall, Furness, Croyland, Bury y Tintern. Pero me atrevo a decir audazmente que muchas de estas casas religiosas eran sumideros de iniquidad, y que con demasiada frecuencia, los monjes y las monjas eran el escándalo del cristianismo.

Concedo libremente que todos los monasterios y conventos no eran igualmente malos. Admito que había algunas casas religiosas como Godstow Nunnery, cerca de Oxford, que tenía una reputación inmaculada. Pero me temo que estas fueron

brillantes y particulares casos que son la excepción de la regla. El preámbulo de la Ley para la disolución de las casas religiosas, fundada en el informe de los comisionados de Enrique VIII, contiene declaraciones generales y amplias que no pueden pasarse por alto. Declara "que el pecado manifiesto, la vida viciosa, carnal y abominable es práctica frecuente y se usa diariamente en las abadías, prioratos y otras casas religiosas de monjes, canónigos y monjas, y que aunque se han ejecutado muchas visitas continuas, por el espacio de doscientos años y más, para una reforma honesta y caritativa de una vida tan poco generosa, carnal y abominable, sin embargo, no obstante, hasta ahora se había tenido poca o ninguna enmienda, pero que su vida viciosa aumentó y creció vergonzosamente".

Después de todo, no hay una garantía más segura para promover la inmoralidad que "la plenitud de pan y la abundancia de ociosidad". (Ezeq. XVI. 49.) Tome cualquier número de hombres y mujeres, de cualquier nación, rango o clase, - átelos con un voto de celibato, - enciérreles en casas solos, - proporcióneseles suficiente comida y bebida y no les dé nada que hacer; y sobre todo, no les dé la lectura de la Biblia, la religión verdadera, la predicación del Evangelio, inspección y control de la opinión pública; - Si el resultado de todo esto no es abominable y abundante incumplimiento del séptimo mandamiento, solo puedo decir que he estudiado la naturaleza humana en vano.

No me disculpo por insistir en estas cosas. A pesar de lo doloroso y humillante que es el cuadro, es uno que en estos tiempos debe ser examinado cuidadosamente y no descartado. Antes de unirnos al clamor vulgar que algunos eclesiásticos modernos están haciendo contra la Reforma, quiero que los ingleses comprendan de lo que la Reforma nos liberó. Antes de que nos decidamos a abandonar el protestantismo y recuperar el papado y el monaquismo, comprendamos a fondo cuál era el estado de Inglaterra cuando el papado se salía con la suya. Mi propia creencia es que nunca se exigió un cambio con tanta fuerza como la Reforma, y que nunca los hombres prestaron un servicio tan bueno a Inglaterra como el que prestaron Hooper y sus compañeros de trabajo, los reformadores. En resumen, a menos que un hombre pueda refutar los simples hechos históricos registrados en las páginas de Fox, Fuller, Strype, Burnet, Soames y Blunt, debe admitir que los tiempos anteriores a la Reforma fueron malos, o contentarse con ser considerado como un loco. Inglaterra no tiene con ninguna clase de hombres tal deuda como con nuestros reformadores protestantes, y es una vergüenza ardiente si somos ingratos y nos negamos a pagar esa deuda.

Por supuesto, es un trabajo fácil y barato hacer grietas en el carácter de algunos de los agentes que Dios se complació en usar en la Reforma. Sin duda Enrique VIII, que hizo traducir la Biblia, nombró obispos a Cranmer y Latimer y suprimió los monasterios, fue un hombre brutal y malo. No me preocupa defenderlo. Pero Dios a menudo ha hecho un buen trabajo con muy malas herramientas; y el gran resultado es lo que debemos mirar principalmente. Y después de todo, por muy malo

que fuera Enrique VIII, cuanto menos insistan nuestros amigos romanistas en ese punto, mejor. En cualquier caso, su carácter moral es comparablemente más favorable que el de muchos Papas. ¡De todos modos, era un hombre casado!

Es fácil, por otro lado, decir que Hooper y sus hermanos Reformadores hicieron mal su trabajo, toleraron muchos abusos, dejaron muchas cosas imperfectas e incompletas. Todo esto puede ser muy cierto. Pero, en justicia común, los hombres deben recordar las numerosas dificultades con las que tuvieron que lidiar y las montañas de basura que tuvieron que quitar con una pala. En mi opinión, la maravilla no es tanto que hayan hecho tan poco, sino que hayan logrado hacer algo.

Después de todo, cuando todo se ha dicho y todas las objeciones están planteadas, quedan algunos grandes hechos claros que no se pueden superar. Dejemos que los hombres digan lo que quieran, o hagan grietas donde puedan, nunca lograrán refutar estos hechos. A la Reforma, los ingleses deben una Biblia en inglés y la libertad de que todo hombre la lea. - A la Reforma le deben el conocimiento del camino de la paz con Dios, y del derecho de todo pecador de ir directamente a Cristo por la fe, sin obispos mediadores, sacerdote o ministro que se interponga en su camino. - A la Reforma le deben un estándar bíblico de moralidad y santidad, como nuestros antepasados nunca soñaron. - ¡Debemos dar siempre gracias por estas inestimables misericordias! Por siempre sujetémoslas firmemente y rehusémonos a dejarlas ir. Por mi parte, sostengo que el que nos robaría estos privilegios y nos haría retroceder a la ignorancia, la superstición y la impiedad de antes de la Reforma, es un enemigo de Inglaterra, y deberíamos oponernos firmemente.

- II. Paso de los tiempos de Hooper al propio Hooper. Por insistir tanto en su época, creo que es innecesario pedir disculpas. No podemos estimar correctamente a un hombre público, a menos que sepamos los tiempos en que vivió. No podemos apreciar debidamente a un reformador inglés, a menos que comprendamos el estado de Inglaterra antes de la Reforma. Hemos visto el estado de cosas que tuvieron que afrontar Hooper y sus compañeros. Ahora averigüemos algo sobre el propio Hooper.

John Hooper nació en el condado de Somerset, en el año 1495, bajo el reinado de Enrique VII. Se desconoce la parroquia en la que nació, y ni siquiera ha sobrevivido una tradición al respecto. A este respecto, Hooper y Rowland Taylor están solos entre los mártires ingleses. Se han determinado los lugares de nacimiento de Cranmer, Ridley, Latimer, Rogers, Bradford, Philpot y Ferrar. La posición que ocupaba su familia en el condado es igualmente desconocida. Sin embargo, hay buenas razones para creer que su padre no era un mero campesino labrador, sino un hombre de considerable riqueza.

La historia temprana de este gran reformador está envuelta en mucha oscuridad. Ingresó en Merton College, Oxford, en 1514, a la edad de diecinueve años, bajo la tutoría de un tío, que entonces era miembro de ese College. Obtuvo su título de B.A. en 1518, a la edad de veintitrés años, y nunca después pasó a un grado superior. Estos son literalmente los únicos hechos que se han descubierto sobre los primeros veintitrés años de la vida de Hooper. De 1518 a 1539, un período de no menos de veintiún años, nuevamente nos quedamos casi completamente a oscuras sobre la historia de Hooper. Puede haber pocas dudas, sin embargo, que durante este último periodo vivió una de las crisis más trascendentales de su vida, la cual le dio color y carácter a todo el hombre que terminó por definir el resto de sus días. La tradición dice que después de graduarse en Oxford, se convirtió en monje, primero en el monasterio cisterciense de Old Cleve, cerca de Watchet, en Somersetshire, y luego en otra casa cisterciense en Gloucester. La tradición agrega que se cansó y disgustó de la vida monástica y se retiró de ella para residir en Oxford; aunque se desconoce la fecha exacta en que esto pasó. Es una cierta corroboración de estas tradiciones, que cuando Gardiner lo condenó a muerte posteriormente, fue descrito como: "anteriormente un monje del monasterio de Cleve, de la orden cisterciense". Sin embargo, hay que admitir que hay una notoria ausencia en sus restos literarios de cualquier referencia a su experiencia como monje.

Una cosa, en todo caso, es muy segura sobre Hooper en esta etapa de su vida. Fue durante estos veintiún años, entre 1518 y 1539, que sus ojos se abrieron a las falsas doctrinas y prácticas no bíblicas del papado, aunque no podemos decir exactamente cuándo y dónde. Él mismo dice, en una carta a Bullinger, el reformador suizo, que "cuando era un cortesano y vivía dependiente de la vida cortesana en el palacio del rey", se encontró con ciertos escritos de Zwingli y ciertos comentarios de Bullinger sobre las Epístolas de San Pablo, y que al estudio de estos libros le debe su liberación del papado y la conversión de su alma. Esta carta profundamente interesante se encontrará en las "Cartas originales de Zurich", publicadas por la Parker Society. Sin embargo, sobre el significado de la alusión a "una vida en la corte" y "el palacio del rey", la carta, lamentablemente, no proporciona ninguna pista.

Otro hecho sobre Hooper en este período de su historia no es menos cierto. Se vio obligado a abandonar Oxford en 1539, cuando entró en vigor el estatuto semipapista de los Seis Artículos, que hizo que Latimer renunciara a su obispado. Fox, el martirólogo, afirma claramente que su conocido apego a los principios de la Reforma atrajo la atención de las autoridades de Oxford, y especialmente del Dr. Smith, el profesor de teología. La consecuencia fue que se vio obligado a retirarse de la Universidad y, al parecer, nunca volvió a residir allí.

Al salir de Oxford, en 1539, Hooper se convirtió, durante un corto tiempo, en administrador y capellán de la casa de Sir Thomas Arundel. También aquí, de nuevo, sus principios protestantes le metieron en problemas. A su maestro le agradaba él,

pero no le gustaban sus opiniones. La consecuencia fue que lo envió al obispo Gardiner con una carta privada, en la que le pedía que "hiciera un bien a su capellán". Gardiner, sin embargo, después de cuatro o cinco días de conferencia, no pudo hacer nada con el robusto reformador y fracasó por completo en cambiar sus opiniones. El final del asunto fue, dice Fox, "que envió de nuevo a su sirviente a Sir Thomas, elogiando muy bien su conocimiento e ingenio, pero guardando en su corazón un rencor contra el maestro Hooper". Este rencor, lamentablemente, no fue olvidado y dio frutos amargos después de muchos días.

La conexión entre Hooper y Sir Thomas Arundel no duró mucho después de esto. El capellán protestante descubrió que su vida no era segura en Inglaterra, y como muchos de los buenos hombres de su época, se retiró al continente. Allí parece haber vivido durante al menos nueve años, primero en Estrasburgo, luego en Bale y finalmente en Zúrich. Fue en este período de su vida, sin duda, cuando se estableció en esos puntos de vista claros y distintos de la verdad doctrinal, que luego mantuvo tan noblemente en su propio país. En este período, también, entabló amistades con Bullinger, Bucer, A. Lasco y otros reformadores continentales, quienes en lo sucesivo lo consideraron con profundo afecto. También en este período, alrededor del año 1546, se casó con una noble dama borgoñona, llamada Anna de Tzerclas, que parece haber sido en todos los sentidos una ayuda idónea para él.

En 1547 murió Enrique VIII y Eduardo VI inició su breve pero glorioso reinado. Poco después de esto, Hooper comenzó a sentir que era su deber obligado prestar su ayuda a la obra de la Reforma Protestante en su propio país, y después de despedirse afectuosamente de sus amigos de Zurich, emprendió su regreso a Inglaterra. Sus palabras de despedida fueron dolorosamente proféticas y profundamente conmovedoras. Le dijeron que esperaban plenamente que se elevara a una posición alta en su tierra natal; esperaban que no olvidara a sus viejos amigos; le rogaban que les escribiera a veces. En respuesta, Hooper les aseguró que nunca olvidaría sus muchas bondades; prometió escribirles de vez en cuando; y concluyó con las siguientes palabras memorables: "Las últimas noticias de todas, maestro Bullinger, no podré escribirlas. Porque allí, donde me esforzaré más, oirán que me quemarán hasta las cenizas, será la última noticia, que no podré escribirle. Pero usted lo oirá de mí".

Hooper llegó a Londres en mayo de 1549 y fue recibido con gusto por los amigos de la Reforma que, ante inmensas dificultades, Cranmer y Ridley avanzaban lentamente. Llegó como un refuerzo bienvenido en medio de una ardua campaña y fortaleció poderosamente la causa del protestantismo. Su reputación, como hombre sano, erudito y poderoso, evidentemente le había precedido. Muy pronto fue nombrado capellán del Protector, el duque de Somerset. Con un celo característico se dedicó de inmediato a la obra de enseñar, y generalmente predicó dos veces al día, y esto con una aceptación tan marcada que las iglesias no pudieron contener las multitudes que acudieron a escucharlo. Incluso el Dr. Smith, su enemigo, confesó

que "la gente lo admiraba tanto que lo consideraban un profeta; es más, lo consideraban casi una deidad".

Fox, el martirólogo, que evidentemente conocía bien a Hooper, da el siguiente testimonio de su alto carácter en este momento, tanto por dones como por gracias: "En su doctrina era serio, en lengua elocuente, en las Escrituras perfecto, en dolores infatigables. Su vida era tan pura y buena que ningún soplo de calumnia podía echarle culpa alguna. Era de cuerpo fuerte, su salud sana y completa, su ingenio muy preñado, su paciencia invencible, capaz de sostener cualquier siniestra fortuna y adversidad que pudieran levantar en su contra. Era constante en el juicio, de poco comer, escaso de palabras y escaso de tiempo. En las tareas domésticas era muy generoso, y a veces más generoso de lo que su vida podría extenderse. Brevemente, de todas esas virtudes y cualidades requeridas de San Pablo en un buen obispo, reseñadas en su Epístola a Timoteo, no conozco una que le falte al Maestro Hooper".

Un hombre de este molde y sello era considerado, con razón, el tipo de hombre para ser consagrado obispo en los días de Eduardo VI. Un año después de su desembarco en Inglaterra se cumplieron las profecías de sus amigos de Zúrich. Después de predicar un curso de sermones de Cuaresma ante el Rey, en 1550, John Hooper, el amigo de Bullinger, el exiliado de Zurich, el predicador más popular de la época, fue nominado para llenar el obispado vacante de Gloucester. No se podría haber hecho una elección más sabia. Rara vez, muy raramente, en los anales de la Iglesia de Inglaterra ha habido un ejemplo de este tipo en el que se ha colocado al hombre adecuado en el lugar adecuado.

La nominación de Hooper, sin embargo, lo llevó a una colisión muy infeliz con Cranmer y Ridley, sobre un tema muy incómodo. Se negó firmemente a prestar el juramento que hasta ese momento habían hecho los obispos en su consagración, y a usar las vestimentas episcopales que hasta entonces se habían usado. Él se opuso al juramento por ser rotundamente antibíblico, porque este se refería tanto a los santos como a Dios. Se opuso a las vestiduras por considerarlas restos del papado, de las que se debería estar limpio y guardado.

Inmediatamente surgió una controversia entre Hooper y sus dos grandes colaboradores, que retrasó su consagración casi un año entero y causó un daño inmenso. Cuanto más insignificante y poco importante parecía ser la causa original de la disputa, más acalorados y obstinados se volvían los contendientes. En vano Ridley conversó y mantuvo correspondencia con su hermano recusante. En vano Eduardo VI y su Consejo Privado escribieron a Cranmer y se ofrecieron a liberarlo de todo riesgo de sanciones si "dejaba pasar ciertos ritos y ceremonias" ofensivas para el Obispo designado. En vano los reformadores extranjeros escribieron largas cartas y suplicaron a ambas partes que concedieran algo y cedieran. La disputa se hizo tan aguda que el Consejo Privado se cansó de la obstinación de Hooper, y de hecho, lo envió a la Prisión Fleet. Finalmente se llegó a un compromiso. Hooper

cedió en algunos puntos, por el bien de la paz. Consintió en usar las desagradables vestimentas en ciertas ocasiones públicas, en su consagración, ante el Rey y en su propia Catedral. Las palabras objetables del juramento episcopal fueron tachadas por la propia mano del Rey. Entonces se abrieron las puertas de la prisión, y para gran alegría de todos los verdaderos protestantes, Hooper fue consagrado obispo de Gloucester el 8 de marzo de 1551.

Esta miserable controversia entre Hooper y sus dos grandes oponentes, como todas las disputas de hombres buenos, es un tema doloroso. Por supuesto que no tiene por qué sorprendernos. Los mejores hombres son solo hombres en su mejor momento. Si Pablo y Bernabé se pelearon hasta que se separaron, y Pedro y Pablo entraron en colisión abierta en Antioquía, no debemos juzgar a nuestros reformadores ingleses con demasiada dureza, si no siempre estuvieron de acuerdo. Pero es en vano negar que esta famosa pelea hizo un gran daño en ese momento y sembró semillas que están dando frutos dañinos hasta el día de hoy. A la distancia de trescientos años, lo admito libremente, somos malos jueces de todo el caso. Sin duda, ambas partes estaban más o menos equivocadas, y la única pregunta es cuál es la parte más culpable. Soy consciente de que el veredicto general de la humanidad ha sido contra Hooper. Sin embargo, debo decir honestamente que a este veredicto no puedo suscribirme por completo. Es mi convicción deliberada, después de sopesar cuidadosamente todo el asunto, que lo más probable es que Hooper estuviera en lo cierto, y que Cranmer y Ridley probablemente estuvieran equivocados.

Creo que la pura verdad es que Hooper tenía mucha más visión de futuro que sus excelentes compañeros de trabajo. Miró más adelante que ellos y vio la posibilidad de que surgieran males en la Iglesia de Inglaterra, con los que ellos, en su caridad, nunca soñaron. Él previó, con ojo profético, el inmenso peligro de dejar huecos para el futuro romanismo dentro de nuestro estado languidecido. Previo un tiempo en el que los amigos del Papa aprovecharían la menor grieta que quedara en los muros de nuestra Sión; y de buena gana él hubiera tenido cada grieta tapada. No habría dejado ni una sola clavija en la que los eclesiásticos romanizados pudieran volver a colgar la abominable doctrina de la Misa. Mi opinión decidida es que tenía toda la razón. Los hechos han proporcionado abundantes pruebas de que sus escrúpulos de conciencia estaban bien fundados. Creo que si Cranmer y Ridley hubieran escuchado con calma sus objeciones y hubieran aprovechado la oportunidad de resolver toda la cuestión de las "vestiduras" de una manera completamente protestante, ¡habría sido una bendición para la Iglesia de Inglaterra! En una palabra, si se hubiera permitido que prevalecieran los puntos de vista de Hooper, la mitad de la controversia ritualista de nuestros días nunca habría existido en absoluto.

Una vez liberado de esta miserable controversia, Hooper comenzó sus deberes episcopales sin demorar un momento. Aunque fue consagrado solo el 8 de marzo de 1551, comenzó de inmediato a predicar en toda la diócesis de Gloucester con tal

diligencia que provocó temores sobre su salud. Su esposa, escribiendo a Bullinger en el mes de abril, le dice: "Le ruego que recomiende al maestro Hooper que sea más moderado en sus labores. Él predica cuatro, o al menos tres veces al día, y me temo que esto se acabe". -Los esfuerzos abundantes debieron provocar una decadencia prematura". De todos los obispos eduardianos, ninguno parece haber hecho una prueba tan completa de su ministerio episcopal como él. Cranmer estaba naturalmente absorto en la elaboración del gran plan de la Reforma, del que fue el arquitecto principal. Ridley, desde su posición en Londres, al alcance de la Corte y del Palacio de Lambeth, era necesariamente apartado a menudo para asesorar al Rey y al Primado. Para trabajar realmente en una diócesis, y dar un patrón espléndido de lo que debería ser un obispo protestante inglés, el hombre de la época fue John Hooper. No es de extrañar que el gobierno pronto le haya puesto a cargo de Worcester y también de la diócesis de Gloucester. Al caballo dispuesto siempre se le da trabajo, y cuanto más hace un hombre, más siempre se le pide que haga.

Es un hecho agradable, que en una fecha posterior parece haber habido una reconciliación completa entre Hooper y Ridley, si es que alguna vez hubo una brecha real. Cuando Ridley estaba en prisión, durante el reinado de la reina María, le escribió lo siguiente a Hooper: "Mi querido hermano, estamos completamente de acuerdo y totalmente en concordia en aquellas cosas que son la base y los puntos sustanciales de nuestra religión, contra las cuales el mundo tan furiosamente se encoleriza en estos días. En el pasado, por ciertos asuntos y circunstancias de la religión, su sabiduría y mi sencillez se han sacudido un poco, cada uno de nosotros siguiendo la abundancia de su propio sentido y juicio. Pero ahora digo, tenga la seguridad, que con todo mi corazón, Dios es mi testigo, ite amo en la verdad, y por la verdad!"

El estado del clero de Hooper evidentemente le causó grandes problemas. Ya hemos visto que muchos clérigos de la diócesis de Gloucester no pudieron repetir los Diez Mandamientos y no pudieron decir quién era el autor de la oración del Señor. Además, no solo eran ignorantes, sino generalmente hostiles a las doctrinas de la Reforma. Sin embargo, estaban dispuestos a ajustarse a cualquier cosa y suscribir cualquier cosa, isiempre que se les permitiera conservar la vida! Hooper, por tanto, redactó para ellos un conjunto de cincuenta artículos de admirable carácter, y pidió a todos los titulares que los suscribieran. También les proporcionó una serie de excelentes instrucciones sobre sus deberes. Además de esto, nombró a algunos de los mejores para ser superintendentes del resto, con una comisión para velar por sus hermanos. Es difícil ver qué más podría haber hecho, por doloroso e insatisfactorio que haya sido el estado de cosas. Los mejores obispos, con todo su celo, no pueden dar gracia ni cambiar los corazones de los clérigos.

El estado de los laicos en la diócesis de Gloucester era tan insatisfactorio como el del clero. Esto, por supuesto, era natural. "Como eran los pastores, así eran las personas". Con ellos, por necesidad, poco podía hacer, excepto reprender la inmoralidad y controlarla, cuando fuera posible. John ab Ulmis, en una de las cartas

de Zurich, da un ejemplo notable de esta conducta firme e imparcial. Dice que Sir Anthony Kingston, un hombre de rango en Gloucestershire, fue citado por el obispo para comparecer ante él bajo un cargo de adulterio, y fue severamente reprendido. Este respondió con un lenguaje abusivo, e incluso se olvidó de sí mismo hasta el punto de usar la violencia y los golpes en el tribunal. Pero Hooper no se inmutó. Informó todo el caso al Consejo Privado de Londres, y el resultado fue que el Caballero de Gloucestershire fue severamente castigado por su contumacia y multado con no menos de 500 libras, una suma muy grande en aquellos días.

El estado de las dos catedrales de Gloucester y Worcester parece haber sido una prueba tan grande para Hooper como el estado del clero y los laicos parroquiales. Curiosamente, incluso hace 300 años, los cuerpos de la catedral parecen haber sido todo menos una ayuda para la Iglesia de Inglaterra. Dice, en una carta sobre este tema a Sir William Cecil, el Secretario de Estado del Rey: "¡Ah! Señor Secretario, si hubiera hombres buenos en las Catedrales de la iglesias! Dios debería recibir entonces mucho más honor del que tiene ahora, la majestad del Rey más obediencia, y la gente pobre más conocimiento. Pero el reino quiere luz en las mismas iglesias donde debería haber más con toda justicia". Luego concluye su carta con estas conmovedoras palabras: "Dios, danos sabiduría y fuerza para servir en nuestras vocaciones sabiamente y con fortaleza. No hay quien coma el pan con el sudor de su rostro, sino los que sirven en vocaciones públicas. El suyo, Señor Secretario, es maravilloso, pero el mío pasa. Ahora percibo que las labores privadas no son más que juego, y el trabajo privado, es sencillo y reposado. ¡Dios sea nuestra ayuda! "

Después de todo, el mejor relato del desempeño de Hooper en sus deberes episcopales se encuentra en ese viejo libro bien conocido con el título de "Mártires de Fox". Fox era evidentemente un amigo y admirador de Hooper, y escribe sobre él con una pluma muy cariñosa. No obstante esto, siempre se puede confiar en la precisión general de Fox. Aunque sus numerosos enemigos han tratado de vilipendiar su gran libro con amargura, nunca han logrado refutar sus hechos. Puede que le hayan arañado la cara al buen hombre, pero nunca le han roto los huesos. Froude, un testigo completamente desinteresado, ha declarado voluntariamente su confianza en la credibilidad de Fox. Townsend, en un extenso prefacio de su excelente y completa edición de "Acts and Monuments", ha respondido en serie a los ataques de los enemigos de Fox. En resumen, podemos estar satisfechos de que esos escritores modernos frívolos que llaman a Fox "un mentiroso" sólo están exponiendo su propia ignorancia, o su odio por el protestantismo genuino. Escuchemos ahora cómo Fox describe las costumbres de Hooper como obispo, mientras duró su episcopado. Dice: "Él maestro Hooper, después de todos estos tumultos y vejaciones sufridas por sus vestiduras principescas y su investidura, al entrar por fin en su diócesis, empleó allí su tiempo, este que el Señor le prestó bajo el reinado del rey Eduardo, con tanta diligencia como pudo, es un espectáculo para todos los obispos que en el futuro lo sucederán, no solo en ese lugar, sino en cualquier diócesis de todo el reino de Inglaterra. Tan cuidadoso fue su trabajo cural,

que no dejó dolores sin tratar, ni caminos sin recorrer, como entrenar al rebaño de Cristo en la verdadera Palabra de Salvación, trabajando continuamente en la misma. Otros hombres suelen, por lucro o promoción, aspirar a obispados, algunos cazan para ellos, y otros los compran o negocian, como los hombres solían comprar señoríos, y cuando los tienen, se resisten a dejarlos, y entonces se hacen reacios a hacer aquellas cosas según las leyes mundanas mediante las cuales pudieran perderlos”.

“A esta clase de hombres el Maestro Hooper era completamente contrario; quien no aborrecía nada más que la ganancia, trabajando siempre para salvar y preservar las almas de su rebaño. Quien, siendo Obispo de dos diócesis, gobernaba y guiaba a cualquiera de ellas, y a ambas al tiempo, como si tuviera a cargo una sola familia. Ningún padre en su casa, ningún jardinero en su jardín, ningún agricultor en su viñedo, estaba más o mejor ocupado que él en sus diócesis entre su rebaño, yendo por sus pueblos y aldeas, enseñando y predicando a la gente de allí”.

“El tiempo que tuvo que dedicar a la predicación, lo otorgó al escuchar causas públicas, o bien al estudio privado, la oración y la visita a las escuelas. Con su continua doctrina se adhirió a la debida y discreta corrección, no tan severa para nadie como a aquellos que por abundancia de riquezas y estado rico pensaban que podrían hacer lo que les placiera. Y sin duda no se parcializó a ningún tipo de gente, sino que fue imparcial a todos los hombres, tanto ricos como pobres, para gran vergüenza de no pocos hombres. Hoy en día, mientras que vemos a muchos tan adictos al agrado de los grandes y ricos, quienes mientras tanto, no tienen en cuenta la clase más marginada de los pobres, a quienes Cristo compró tan caro como los demás...”

“Pero ahora volveremos a devolver nuestra charla al Maestro Hooper, todos cuya vida, en fin, fue tal, que para la Iglesia y todos los eclesiásticos podría ser una luz y un ejemplo para los demás, una lección y un sermón perpetuos. Finalmente, Cuán virtuoso y bueno era este obispo, podéis concebirlo y saberlo evidentemente por esto, que, así como no fue odiado por nadie más que por los que eran malos, así el peor de todos ellos no pudo reprobar su vida en una jota”.

“He declarado ahora su costumbre y comportamiento en lo externo en los asuntos públicos de la Iglesia: y ciertamente no se vio en él, en su casa un ejemplo de vida menos que digno de un prelado. Porque aunque otorgó e invirtió la mayor parte de su cuidado público en el rebaño y congregación de Cristo, por el cual también gastó su sangre; sin embargo, no le faltó provisión en él para criar a sus propios hijos en la educación y en los buenos modales; de tal manera que no pudisteis discernir si merecía más alabanza por su uso paternal en casa, o por sus actividades como obispo en lo externo. Porque en todas partes él mantuvo una religión en una doctrina uniforme e integridad. De modo que si usted entraba en el palacio del obispo, se suponía que había entrado en alguna iglesia o templo. En su

rincón había algún olor a virtud, buen ejemplo, conversación honesta y lectura de las Sagradas Escrituras. No se veía en su casa ningún motín cortesano ni holgazanería, ninguna pompa, ninguna palabra deshonestas, ni juramentos se oían allí!"

"En cuanto a los ingresos de sus dos obispados, aunque no excedieron mucho, mientras se manejaba el asunto, sin embargo, si algo se superó, no se aprovechó en nada, sino que lo otorgó en hospitalidad. Dos veces estuve, según recuerdo, en su casa en Worcester, donde, en su salón común, vi una mesa llena con una buena provisión de carne, y llena de mendigos y gente pobre. Y pregunté a sus sirvientes qué significaba esto, me dijeron que todos los días su señor y amo como era de esperar, daba de cenar a gusto a un cierto número de personas pobres de dicha ciudad, por supuesto, que fueron servidos por cuatro en un comedor, con carnes enteras y sanas. Y cuando fueron servidos (siendo examinados antes por él o sus delegados, en cuanto al Padre Nuestro, los Artículos de su fe y los Diez Mandamientos), luego él mismo se sentó a cenar, y no antes".

"De esta clase y manera, el Maestro Hooper ejecutó el oficio de un pastor sumamente cuidadoso y vigilante, por el espacio de dos años o más, siempre y cuando el estado de la religión en la época del Rey Eduardo floreciera y se llevara a cabo con seguridad. todos los demás obispos usarían la misma diligencia, cuidado y observancia en su función".

Las labores episcopales más útiles de Hooper terminaron por completo con el ascenso de la reina María al trono en 1553. No duraron, podemos observar, más de dos años. Quizás no sea exagerado decir que ningún obispo de la Iglesia de Inglaterra hizo tanto por su iglesia y diócesis en dos años, y dejó una marca tan profunda en la mente de los hombres en un corto período como John Hooper.

Eduardo VI murió en julio de 1553; y tan pronto como María, su hermana papista, estuvo sentada en su trono, comenzaron los problemas de John Hooper. Habiendo sido desenvainada una vez la espada de la persecución, el famoso obispo protestante de Gloucester fue casi la primera persona que fue atacada. Él era personalmente detestable tanto para Bonner como para Gardiner, con quienes había chocado. Fue reconocido en toda Inglaterra como uno de los campeones más audaces de la Reforma y uno de los oponentes más radicales del papado. Sus amigos le advirtieron que el peligro era inminente, pero él respondió con calma: "Una vez hui y me puse en marcha. Pero ahora, debido a que he sido llamado a este lugar y vocación, estoy completamente persuadido de quedarme, a vivir y morir con mis ovejas". Pronto estalló la amenazante tormenta. El 29 de agosto compareció ante el concilio de la Reina María, en Richmond; y el 1 de septiembre fue enviado como prisionero a la Armada. Desde ese día hasta el 9 de febrero de 1555, un período de más de diecisiete meses, estuvo encerrado. Ese día, por fin, la muerte le sacó de su reclusión y el noble prisionero protestante quedó libre.

La historia de estos dolorosos diecisiete meses de la vida de Hooper ocuparía mucho más espacio del que tengo a mi disposición. Aquellos que deseen conocer los detalles deben estudiar "Los mártires de Fox". Cómo el buen obispo de Gloucester y Worcester fue encerrado cruelmente en una prisión sucia, para gran perjuicio de su salud, durante casi un año y medio -cómo fue interrogado tres veces ante jueces como Gardiner, Bonner, Day, Heath y sus compañeros - cómo fue insultado, intimidado, vilipendiado, e incluso le rogaron y suplicaron que se retractar - con qué gallardía se mantuvo firme en sus principios protestantes y se negó a ceder ni un pelo de la verdad de Cristo - cómo fue finalmente condenado por mantener el derecho de los sacerdotes a contraer matrimonio y por negar la doctrina de la transubstanciación, todos estos son asuntos que están plenamente registrados por el viejo martirólogo. Pero son demasiado largos para describirlos en un artículo biográfico como el que ahora está en manos del lector.

Por fin llegó el final. El lunes 4 de febrero de 1555, Hooper fue degradado formalmente por el obispo Bonner, en la capilla de la prisión de Newgate, y entregado a las tiernas misericordias del poder secular. Ese día por la noche, para su gran deleite, se le informó que lo enviarían a Gloucester y lo quemarían públicamente en su propia ciudad catedralicia. El martes 5 inició su cabalgadura a caballo, a las cuatro de la mañana, a cargo de seis guardias. En la tarde del jueves 7 de febrero, llegó sano y salvo a Gloucester, en medio de las lágrimas y los lamentos de una gran multitud, que salió a su encuentro en Cirencester Road.



En Gloucester se alojó en la casa de un tal Ingram, frente a la iglesia de San Nicolás. La casa sigue en pie y, en apariencia, no ha sufrido muchos cambios. Los alguaciles de la ciudad, dos hombres llamados Jenkins y Bond, de buena gana lo hubieran puesto en la prisión de Northgate, pero renunciaron a esta intención ante

la ferviente intercesión de los guardias que lo habían traído de Londres. Sólo se permitió que transcurriera un día entre la llegada del santo prisionero y su ejecución. La mayor parte de este breve intervalo lo pasó en oración. Sin embargo, hubo algunas entrevistas, de no poco interés, de las que Fox ha conservado un registro.

Sir Anthony Kingston, a quien una vez había ofendido al reprender sus pecados, fue a verlo y le suplicó, con mucho afecto y muchas lágrimas, que consultara con la seguridad y se retractara. "Considera", dijo, "que la vida es dulce y la muerte es amarga. La vida en el futuro puede redundar para bien". A esto, el noble soldado de Cristo devolvió la respuesta siempre memorable: "La vida por venir es más dulce, y la muerte por venir es más amarga". Al verlo inamovible, Kingston lo dejó con lágrimas amargas, diciéndole: "Doy gracias a Dios por haberte conocido, ya que Dios te usó para llamarme para ser su hijo. Por tu buena exhortación, cuando estaba ante la fornicación y el adulterio, Dios me ha enseñado a aborrecer y abandonar este pecado". Hooper luego dijo que esta entrevista le había provocado más lágrimas de las que había derramado durante los diecisiete meses de su encarcelamiento.

Por último, al caer la noche, el alcalde, el señor Loveday, los concejales y los alguaciles de Gloucester fueron a su alojamiento y lo saludaron cortésmente. A ellos les habló con alegría, agradeciéndoles su amabilidad, pidiendo que pudiera haber un fuego rápido en su quema y protestando que debería morir como un verdadero y obediente súbdito de la Reina, pero "dispuesto a dar su vida en lugar de consentir a la malvada religión papista del obispo de Roma".

Terminadas estas entrevistas, el santo obispo comenzó a prepararse para su lucha con el último enemigo, la muerte. Se retiró a la cama muy temprano, diciendo que tenía muchas cosas que recordar, y durmió un sueño profundo. El resto de la noche lo pasó en oración. Después de levantarse, pidió que no se permitiera a ningún hombre entrar en la cámara y que lo dejaran solo hasta la hora de la ejecución. Cuáles fueron sus meditaciones y reflexiones en esa terrible crisis, solo Dios lo sabe. La tradición dice que escribió la siguiente poesía con un carbón, en la pared de su habitación:

"Conténtate con paciencia
Con Cristo para llevar la copa del dolor:
¿A quién puedes y quieres complacer?
Mil veces más, con alegrías de nuevo.
Que nada haga desfallecer tu corazón:
Lanza tu barco, iza la vela,

Aléjate de la orilla;
Y ten por seguro que alcanzarás
Hasta el puerto, en el que quedarás
Por siempre.

"No temas a la muerte, no temas a los hombres,
Solo en Dios pon toda tu confianza;
Porque él reclamará tu sangre de sus manos,
Y sabes que tienes el deber de morir una vez,
Solo por eso, tu vida si la das,
La muerte para ti muerte no será, sino el para siempre vivir.

No te desesperes:
No tengas miedo de ningún tirano mundano;
Tu brújula, que es la Palabra de Dios, te guiará,
Y el viento favorable te será".

Estas líneas fueron impresas en 1559, en un volumen de piezas misceláneas de los reformadores. Las comparto debido a su gran valor.

Había llegado la escena final de la vida de Hooper. John Fox lo describe de manera tan hermosa y sencilla, que creo que es mejor presentarlo en su totalidad, con algunas omisiones insignificantes, tal como lo escribió el viejo y digno martirólogo. Él dice: "En la mañana del sábado 9 de febrero, alrededor de las ocho en punto, llegaron Sir John Bridges, Lord Chandos, con un gran grupo de hombres, Sir Anthony Kingston, Sir Edmund Bridges y otros comisionados designados para ver la realización de la ejecución. A las nueve en punto, el Sr. Hooper estaba dispuesto a prepararse para estar listo, porque el momento estaba cerca. Inmediatamente fue sacado de su habitación por los alguaciles, quienes fueron acompañados con la sentencia y armados. Cuando vio la multitud de armas, habló a los alguaciles de esta manera: 'Señores alguaciles' - dijo él - 'no soy un traidor, ni necesitaba que ustedes hubieran hecho tales arreglos para llevarme al lugar donde debo sufrir; porque si me lo hubieran solicitado, yo habría ido solo a la hoguera y no habría molestado a ninguno de ustedes'. Después, mirando a la multitud de gente que se había reunido, estimada en siete mil (porque era día de mercado, y muchos también llegaron a ver cómo asumiría la muerte), habló a los que estaban a su alrededor, diciendo, - '¡Ay! ¿Por qué esta gente se ha reunido y se ha juntado? Tal vez piensan que escucharan algo de mí ahora, como lo han hecho en el pasado; pero, ¡ay!, me está prohibido hablar. Cuando fui designado aquí para ser su pastor, les prediqué doctrina verdadera y sincera, y esta de la Palabra de Dios. Debido a que ahora no consideraré mi doctrina como herejía y falsedad, se me ha preparado este tipo de muerte.

"Entonces él se adelantó, conducido entre los dos alguaciles (como un cordero al lugar del sacrificio), con una túnica de anfitrión, su sombrero en la cabeza y un bastón en la mano, para mantenerse a sí mismo en pie; porque el dolor de la ciática, que había tomado en la cárcel, hizo que se detuviera un poco. Durante todo el camino, al estar estrictamente obligado a no hablar, no se le pudo percibir ni una sola vez que abriera la boca; lloraban amargamente por él, a veces alzaba los ojos

hacia el público y miraba con alegría a los que conocía; y nunca se supo, durante el tiempo que estuvo entre ellos, que los mirara con un semblante tan alegre y resplandeciente como el que lucía. Cuando llegó al lugar designado donde moriría, contempló sonriendo la hoguera y los preparativos que se habían hecho para él, que estaba cerca del gran olmo frente al colegio de sacerdotes, donde solía predicar... El lugar alrededor, las casas y las ramas de los árboles, fueron reabastecidos con la gente: y en la cámara sobre la puerta del colegio estaban los sacerdotes del colegio. Luego se arrodilló (porque no se le podía permitir hablar al pueblo) para orar, e hizo señas seis o siete veces a uno a quien supo bien, escuchar dicha oración, dar cuenta de ella en el futuro (derramando lágrimas sobre sus hombros y en su pecho), quien prestó oído atento a la misma; esta oración la hizo sobre todo el Credo, y en ella continuó por el espacio de media hora. Ahora, después de haber tomado un poco de tiempo para su oración, le trajeron una caja y la pusieron ante él sobre un taburete, con su perdón (o al menos, se fingió que era su perdón) de parte de la Reina, esto si se retractaba. Al verlo gritó: 'Si amas mi alma, ilárgate! Si amas mi alma, ivete! Cuando se llevaron la caja, lord Chandos dijo: "¡Viendo que no hay remedio, despachadlo rápidamente!" El maestro Hooper dijo: "Bien, mi señor: confío en que su señoría me dé permiso para terminar mis oraciones".

"Entonces dijo Lord Chandos al hijo de Sir Edmund Bridges, que antes había prestado oído a la oración del maestro Hooper, por petición de él: 'Edmund, ten cuidado de que no haga nada más que orar; si lo hace, dímelo, y lo despacharé rápidamente. Mientras se desarrollaba esta charla, se acercaron uno o dos sin dar aviso, quienes le oyeron decir las siguientes palabras:

- 'Señor', dijo él, 'yo soy el infierno, pero tú eres el cielo; Soy un basurero y sumidero de pecado, pero Tú eres un Dios misericordioso y un Redentor misericordioso. Ten piedad, pues, de mí, miserable y desdichado ofensor, según tu gran misericordia y según tu inestimable bondad. Subiste al cielo; recíbeme, a mí que soy el infierno, para ser partícipe de tus alegrías, donde te sientas en igual gloria con tu Padre. Porque bien sabes, Señor, por qué he venido aquí para sufrir, y por qué los impíos persiguen a este tu pobre siervo: no por mis pecados y transgresiones cometidas contra ti, sino porque no permitiré que sus malas obras contaminen tu Sangre, ni la negación del conocimiento de tu verdad, con el cual te agradó por tu santo Espíritu instruirme; la cual, con tanta diligencia como un pobre miserable (siendo llamado a ella), he puesto en marcha para tu gloria. Y bien ves Tú, mi Señor y Dios, qué terribles dolores y crueles tormentos están preparados para tu criatura; tales, Señor, que sin tu fuerza nadie es capaz de soportar, ni de sufrir pacientemente. Pero todas las cosas que son imposibles para el hombre, son posibles para ti. Por tanto, fortaléceme en tu bondad, para que en el fuego no rompa las reglas de la paciencia; O bien, apacigua el terror de los dolores, como mejor te parezca para tu gloria.'

Tan pronto como el alcalde vio a estos hombres que informaban sobre las primeras palabras, se les ordenó que se fueran y no se les permitió oír más. Habiendo hecho la oración, se preparó para la hoguera y se quitó la túnica de anfitrión, la cual fue entregada a los alguaciles, a quienes le pidió que la devolvieran al propietario, y se despojó del resto de su indumentaria, hasta el jubón y los calcetines, para que se colocaran donde habría de ser quemado. Pero los alguaciles no permitieron eso (tal era su codicia), a cuyos placeres (el buen hombre) se sometió muy obedientemente; y le quitaron el jubón, las medias y el chaleco. Luego, estando tan solo con su camisa, deseó que la gente rezara la oración del Señor con él, y que oraran por él, (quienes lo hicieron con lágrimas, durante el tiempo de sus dolores), subió a la estaca. Ahora, cuando estaba en el poste para la hoguera, le trajeron tres cadenas, fabricados para atarlo a la estaca: una para su cuello, otra para su cintura y la tercera para sus piernas. Pero él, rechazándolas, dijo, 'No tenéis necesidad de turbaros así, porque no dudo que Dios me dará la fuerza suficiente para soportar la intensidad del fuego, sin ataduras; no obstante, sospechando la fragilidad y debilidad de la carne, pero teniendo segura confianza en la fuerza de Dios, me contento con que hagáis lo que os parezca bien'. Así que le trajeron la cadena de hierro preparada para su cintura, y cuando le ofrecieron atarle el cuello y las piernas con las otras dos cadenas de hierro, él los rechazó por completo y no quiso aceptarlos, diciendo: 'Estoy seguro de que no te molestaré'.

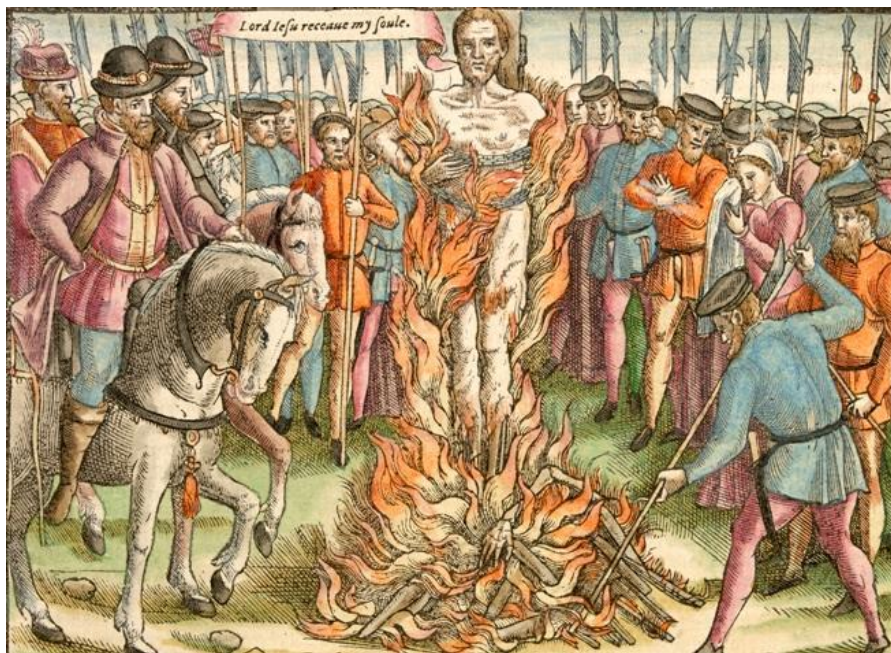
"Así, estando listo, miró a la gente, la cual podía divisar bien (porque era alto y estaba también parado sobre un taburete alto), y miró a su alrededor: y en cada rincón no había nada que ver, sino gente llorosa y apesadumbrada. Entonces, alzando los ojos y las manos al cielo, oró para sí mismo. Poco a poco, el que había sido designado para encender el fuego se le acercó y le pidió perdón. A quien preguntó por qué debería perdonarlo, diciéndole que no conocía ninguna ofensa que hubiera cometido contra él. 'Oh señor', dijo el hombre, 'estoy designado para encender el fuego'. —En eso —dijo el señor Hooper—, nada me ofende: Dios te perdone tus pecados y cumple con tu oficio, te lo ruego. Entonces se echaron las cañas, y él tomó dos manojos de ellas con sus propias manos, las abrazó, las besó, y puso una de ellas debajo de cada brazo, y con la mano mostró cómo debía repartirse el resto, y señaló el lugar donde faltaba alguna".

"Se dio la orden de que se encendiera el fuego, y así fue. Pero debido a que no se pusieron los atados de leña menos verdes sobre sus espaldas, sino tan solo la cantidad que dos caballos podían cargar sobre su lomo, no se encendió uniformemente y también pasó un buen rato antes que echaran las cañas a los atados de leña. Por fin ardió a su alrededor, pero el viento, que tenía toda su fuerza en ese lugar (era una mañana fría y nublada), sopló sobre la llama de él, de tal modo que el fuego no le tocaba".

"Después de un espacio de tiempo, trajeron algunos leños secos, y un nuevo fuego encendido con leños (porque no había más cañas), el cual ardía en sus partes

inferiores, pero tenía poca fuerza arriba, a causa del viento, llegando a quemarle el cabello y un poco la piel. En el momento en que se encontraba en medio del fuego, como lo hizo también en la primera llama, oró, diciendo suavemente, y no muy alto (pero como alguien que no sufría dolores), 'Oh Jesús, el Hijo de David, ten misericordia de mí y recibe mi alma. Después de que se apagó el segundo fuego, se enjugó los dos ojos con las manos, y al contemplar a la gente, dijo con una voz fuerte e indiferente: "¡Por el amor de Dios, buena gente, tráiganme más fuego!" Y todo esto mientras sus partes inferiores ardían, porque los leñazos eran tan pocos que la llama no ardía con fuerza en sus partes superiores".

"El tercer fuego se encendió al cabo de un rato, este era más extremo que los otros dos; y luego se rompieron las bolsas de pólvora, lo que le hizo un pequeño bien, ya que estaban estratégicamente colocadas, aunque el viento tenía gran fuerza. En medio de este fuego oró con una voz algo más fuerte: "¡Señor Jesús, ten misericordia de mí! ¡Señor Jesús, ten misericordia de mí! ¡Señor Jesús, recibe mi espíritu!" Y estas fueron las últimas palabras que se le oyó pronunciar. Esto hasta el punto, que aun teniendo la boca negra y la lengua inflamada de tal forma que no podía hablar, sin embargo, sus labios se movían hasta que se encogieron llegando a las encías; y se golpeó el pecho con las manos hasta que se le cayó uno de los brazos, y luego continuó golpeando con el otro. Esto hasta el tiempo en que la grasa, el agua y la sangre le escurrían por las puntas de los dedos, de esta forma al renovar el fuego se le acabaron las fuerzas y su mano se aferró rápidamente a la cadena para golpear con esta sobre su pecho. Así que inmediatamente, inclinándose hacia adelante, entregó su espíritu".



"Así estuvo tres cuartos de hora o más en el fuego. Incluso como un cordero, permaneció pacientemente en su agonía, sin moverse hacia adelante, hacia atrás ni

hacia ningún lado, pero al quemarse sus partes inferiores se le cayeron las entrañas, él murió tan silenciosamente como un niño en su cama, y ahora reina como un mártir bendito en los gozos del cielo, preparados para los fieles en Cristo antes de la fundación del mundo, por cuya constancia todos los cristianos están obligados a alabar a Dios." ("Hechos y Monumentos" de Fox)

La parte inferior sobresaliente de un gran poste en oaken, ennegrecido y carbonizado por el fuego, fue desenterrado hace unos años en el mismo lugar donde se quemó a Hooper. Muchos suponen que es el extremo inferior de la estaca a la que estaba encadenado el mártir cuando se encontró con su muerte ardiente. Por supuesto, no se puede dar ninguna prueba positiva de que esta suposición sea correcta; pero no hay improbabilidad o imposibilidad en la idea. Un trozo de madera de roble carbonizado bien curado podría durar fácilmente sin descomponerse en el suelo durante tres siglos. Vi este pedazo del poste con mis propios ojos dentro de una vitrina, en una casa cerca de Gloucester, donde fue cuidadosamente conservado.

Dejo la historia del mártir de Gloucester en este punto, habiendo rastreado su vida desde su cuna hasta su ardiente tumba. Murió como había vivido durante mucho tiempo, fiel a sus convicciones; y su muerte fue en todos los sentidos digna de su vida.

Aún hay algo que podría decir sobre la espantosa crueldad con la que él y sus compañeros de sufrimiento durante el reinado de María fueron condenados a muerte. Nada puede excusarlo. Los tiempos, sin duda, fueron duros y toscos. La pena capital era terriblemente común. Lamentablemente, matar gente por presunta herejía no era algo extraño. Pero estas son malas defensas de un gran crimen. La sangre de los mártires ingleses es una mancha imborrable en la Iglesia de Roma. Fue un asesinato judicial que nunca se podrá explicar.

Algo que podría decir sobre la gloriosa paciencia y el coraje que Hooper exhibió a lo largo de sus sufrimientos. Mientras dure el mundo, él será un modelo de lo que Cristo puede hacer por su pueblo en la hora de la necesidad. Nunca olvidemos que Aquel que fortaleció a Hooper nunca cambia. Él es "el mismo ayer, hoy y siempre".

Algo, no menos importante, podría decir sobre la extrema descortesía de la Iglesia de Roma al convertir a Hooper y sus compañeros en mártires. Creo que nunca el papado se hizo a sí mismo tanto daño como cuando quemó a nuestros reformadores. Su sangre fue la semilla de la Iglesia. El bien que hicieron con su muerte fue más de lo que hicieron durante toda su vida. Sus martirios hicieron pensar a miles de personas que nunca fueron alcanzadas por sus sermones. Millares, han dependido de esto, para llegar a la conclusión de que una Iglesia que pudiera actuar de manera tan abominable y cruel como lo hizo Roma, nunca podría ser la

única y verdadera Iglesia de Dios; y que una causa que pudiera producir sufrimientos tan pacientes e inquebrantables debe ser sin duda la causa de Cristo y de la verdad.

Ahora me alejo de estos puntos, por interesantes que sean. Solo espero que sean semillas de pensamiento que den fruto en la mente de los hombres después de muchos días.

III. El último punto que deseo señalar a mis lectores es uno que considero de profunda importancia. He proporcionado información sobre la vida y la muerte de Hooper. Ahora les pediré a mis lectores que me presten un poco más de atención, mientras digo algo sobre las opiniones de Hooper. Les he mostrado cómo vivió y murió, permítanme ahora mostrarles exactamente lo que pensó, lo que enseñó, y lo que predicó. Les he presentado al hombre, permítanme presentarles ahora su doctrina.

Si dejara a mis lectores con la vaga impresión de que Hooper era un buen hombre, un hombre celoso y un hombre serio, pero no les decía nada más, pensaría que no había cumplido con mi deber. Quiero que los hombres comprendan las opiniones teológicas que sostuvo el obispo mártir de Gloucester. Quiero que los hombres vean claramente, ¿Qué tipo de doctrina enseñaron los reformadores ingleses? ¿Qué tipo de cosas dijo, predicó, publicó y escribió Hooper? ¿Qué tipo de religión era la religión de un eclesiástico hace trescientos años?

Afortunadamente, la respuesta a estas preguntas no es difícil de encontrar. Los dos volúmenes de los escritos de Hooper publicados por la Parker Society, aclaran el asunto como el sol al mediodía. Allí los hombres pueden leer en un lenguaje inconfundible las opiniones teológicas de uno de los principales obispos de la época de la Reforma. De dos documentos de estos dos volúmenes, seleccionaré ejemplares justos.

El primer documento del que citaré se titula, "Artículos relacionados con la religión cristiana, dados por el reverendo padre en Cristo, John Hooper, obispo de Gloucester, a todos los decanos, párrocos, prebendados, vicarios, curas y otros ministros eclesiásticos dentro de la diócesis de Gloucester, que se debe poseer, mantener y retener para la unidad y el acuerdo, así como para la doctrina de la Palabra de Dios, como también para la uniformidad de las ceremonias de acuerdo con la Palabra de Dios".

El primer artículo ordena, "que ninguno de los clérigos antes mencionados enseñe o predique ninguna clase de cosa como necesaria para la salvación de los hombres, aparte de lo que está contenido en el Libro de la Santa Palabra de Dios, llamado Antiguo y Nuevo Testamento". y que tengan cuidado de establecer y confirmar cualquier forma de doctrina concerniente a las antiguas doctrinas

supersticiosas y papistas, que no pueden ser aprobadas debida y justamente por la autoridad de la Palabra de Dios".

El artículo cuarto ordena, "que ellos y cada uno de ellos enseñen y prediquen diligentemente que la Iglesia de Dios es la congregación de los fieles, en la que se predica verdaderamente la Palabra de Dios y se administran los sacramentos con justicia, según la institución de Cristo, y su doctrina que nos ha sido enseñada por su Santa Palabra; y que la Iglesia de Dios no es de acuerdo a la Palabra de Dios tomada por la multitud o compañía de obispos, sacerdotes y otros tales; sino que es la compañía de todos los hombres que escuchan la Palabra de Dios y la obedecen, para que nadie sea seducido, creyéndose ligado a cualquier sucesión ordinaria de obispos y sacerdotes, aunque está verdaderamente ligado sólo a la Palabra de Dios y al correcto uso de los sacramentos".

El Artículo Séptimo ordena, "que ellos y cada uno de ellos enseñen y prediquen diligentemente la justificación solo por la fe en Jesucristo, y no por el mérito de las buenas obras de ningún hombre, aunque las buenas obras siguen necesariamente a la justificación, y que antes de la justificación no tienen valor ni estimación ante Dios".

En el artículo noveno, les ordena, "que la doctrina del purgatorio, el perdón, la oración por los difuntos de este mundo, la veneración, invocación y adoración de santos o imágenes, es contraria y perjudicial para el honor de Cristo, nuestro único Mediador y Redentor, y también contra la doctrina del primer y segundo mandamientos de Dios".

En el Artículo Décimo, ordena, "que en el Sacramento del cuerpo y la sangre de Cristo no hay transubstanciación del pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Cristo, o cualquier forma de presencia corporal o local de Cristo, en, debajo, o con el pan y el vino, pero si espiritualmente, por la fe".

En el artículo undécimo, ordena, "que los que vienen indignamente al bautismo o a la Cena del Señor, no reciben la virtud y el verdadero efecto de los mismos sacramentos, aunque reciban los signos y elementos naturales".

En el artículo veinticuatro, prescribe, "que los sacramentos no tienen fuerza alguna en virtud o valor de ningún trabajo interno de los mismos, que por superstición esto se llama opus operatum, sino sólo por la virtud y los medios del Espíritu Santo obrando en el corazón de los practicantes y receptores por fe".

En el artículo cuadragésimo primero, él ordena, "que ninguno de ustedes falsee la misa papista, bendiciendo la mesa del Señor, lavándose las manos o los dedos después del Evangelio, o al recibir la Sagrada Comunión, - moviendo el Libro de un lugar a otro, tenderse y lamer el cáliz después de la Comunión, exhibiendo el

Sacramento abiertamente antes de la distribución del mismo, o hacer cualquier elevación de este, - tocar la campana de los sacrificios, o encender alguna luz en la mesa del Señor".

En el artículo cuadragésimo tercero, él ordena: "Mientras que en los lugares divinos algunos usan la tabla del Señor en forma de mesa, y algunos otros en forma de un altar, por lo cual se percibe que surge la desunión entre los ignorantes, así por tanto, deseando una unidad piadosa para ser observada en todas nuestras diócesis, y para que se pueda mover con facilidad implementaremos la forma de una mesa, de esta manera desviaremos las simplezas de las viejas opiniones supersticiosas de la misa papista, y aplicaremos el uso correcto de la Cena del Señor, por esto les exhortamos a erigir, colocar y levantar la mesa del Señor a la forma de una mesa modesta, cubierta decentemente, en el lugar que se crea más adecuado, para que el ministro y los comulgantes puedan ser vistos, oídos y comprendidos por todas las personas allí presentes, y que derribarán y abolirán todos los altares. Además, que el ministro, en el uso de la Comunión y en sus oraciones, vuelva su rostro hacia el pueblo". Tales fueron los artículos de visitación y mandatos de un obispo de la época de la Reforma. Me aparto de ellos con un solo comentario. Ha habido muchas diócesis en Inglaterra en los últimos 300 años en las que podrían haber hecho un gran bien si los mandatos del buen obispo Hooper se hubieran distribuido entre el clero y se les hubiera pedido su implementación.

El único otro documento que citaré se llama "Una breve y clara confesión de la fe cristiana". Merece una atención especial, porque se publicó en 1550, el mismo año en que el escritor fue nombrado obispo de Gloucester. De la "Confesión de fe" ahora hago las siguientes selecciones. Las hago con considerable dificultad. Toda la Confesión es tan buena que es difícil decir qué citar y qué omitir. Solo pido a mis lectores que recuerden que el saco es tan bueno como la muestra.

En el artículo vigésimo sexto de la Confesión, Hooper dice: "Creo y confieso que la condenación de Cristo es mi absolución; que su crucifixión es mi liberación; su descenso al infierno es mi ascenso al cielo; su muerte es mi vida; su sangre es mi limpieza y purificación, por la única que puedo ser lavado, purificado y limpiado de todos mis pecados: para que no reciba ni crea en ningún otro purgatorio, ni en este mundo ni en el otro, por el cual pueda ser purificado, así pues, sólo por la sangre de Jesucristo todos pueden ser purificados y esto para siempre".

En el artículo vigésimo octavo de la Confesión, Hooper dice: "Creo que la Santa Cena del Señor no es un sacrificio, sino sólo un recuerdo y conmemoración de este santo sacrificio de Jesucristo. Por lo tanto, no debe ser adorado como Dios, ni como conteniendo a Cristo; quien debe ser adorado solo en fe, sin tener en cuenta los elementos corruptibles. Asimismo, creo y confieso que la Misa papista es invención y ordenanza del hombre, un sacrificio del Anticristo y un abandono del sacrificio de Jesucristo, es decir, de su muerte y pasión; y que es un sepulcro hediondo e

infeccioso, que esconde y cubre el mérito de la sangre de Jesucristo, - y por tanto, la misa debe ser abolida, y la Santa Cena del Señor ser restaurada y restablecida en su perfección".

En el artículo quincuagésimo cuarto de la Confesión, Hooper dice: "Creo que la Palabra de Dios tiene una autoridad mucho mayor que la Iglesia; la cual solo nos muestra y enseña suficientemente todas aquellas cosas que de alguna manera conciernen a nuestra salvación, tanto lo que debemos hacer como también lo que dejar de hacer. La misma Palabra de Dios es el modelo verdadero y la regla perfecta, tras la cual todos los fieles deben gobernar y ordenar sus vidas, sin volverse ni a la diestra ni a la siniestra, sin cambiar nada de ella, sin ponerle ni quitarle, sabiendo que todas las obras de Dios son perfectas, pero principalmente su Palabra".

En el artículo sexagésimo cuarto de la Confesión, Hooper dice: "Creo que en el santo sacramento los signos o insignias no se cambian en ningún punto, pero los mismos permanecen íntegramente en su naturaleza; es decir, el pan no es transformado ni transubstanciado (como enseñan los papistas indulgentes y los falsos doctores, que engañan a los pobres), en el cuerpo de Jesucristo, ni el vino se transubstancia en su sangre; pero el pan sigue siendo pan, y el vino permanece quieto siendo vino, cada uno en su propia y primera naturaleza".

En el Artículo Sexagésimo quinto de la Confesión, Hooper dice: "Creo que todo este Sacramento consiste en su uso; de modo que sin el uso correcto del pan y el vino en nada se diferencia de otros panes y vinos comunes, que se usan comúnmente: - y, por tanto, no creo que el cuerpo de Cristo pueda estar contenido, escondido o encerrado en el pan, debajo del pan o con el pan; - ni la sangre en el vino, debajo del vino, o con el vino. Pero creo y confieso que el mismo cuerpo de Cristo está en los cielos, a la diestra del Padre (como hemos dicho antes), y que siempre y con tanta frecuencia como usamos este pan y vino según la ordenanza e institución de Cristo, recibimos de verdad y de hecho su cuerpo y sangre".

En el artículo sexagésimo sexto de la Confesión, Hooper dice: "Creo que esta recepción no se hace carnal o corporalmente, sino espiritualmente, a través de una fe verdadera y viva; es decir, el cuerpo y la sangre de Cristo no son dados a la boca y al vientre, para el sustento del cuerpo, pero si a nuestra fe, para el sustento del espíritu y del hombre interior para vida eterna.

Y por esa causa no necesitamos que Cristo venga a nosotros del cielo, sino que ascendamos a Él, elevando nuestro corazón mediante una fe viva en lo alto, a la diestra del Padre, donde Cristo está sentado, de donde esperamos nuestra redención.

Proporcionan una prueba clara, por la que estoy profundamente agradecido, de que los eclesiásticos protestantes y evangélicos no son hombres de opiniones modernas y novedosas, sino eclesiásticos del sello de la Reforma, eclesiásticos cuyas opiniones fueron sostenidas por un eminente eclesiástico hace trescientos años. Que tomen coraje. Que no se sientan conmovidos por las burlas, los sarcasmos y las duras palabras de los eclesiásticos que no están de acuerdo con ellos. Pueden responder con valentía que los suyos son los viejos caminos y que son los verdaderos representantes de la Iglesia de Inglaterra. Si los eclesiásticos evangélicos se equivocan, Hooper también se equivocó. Si Hooper tenía razón, entonces ellos tienen razón. Pero en cuanto a una diferencia material entre sus puntos de vista y los del obispo mártir de Gloucester, desafío a cualquiera a que demuestre que existe alguna.

Mi tarea ha terminado. He reunido de la forma más concisa posible los tiempos, la vida, la muerte y las opiniones de uno de nuestros más grandes reformadores ingleses. Pero no puedo terminar sin ofrecer dos sugerencias prácticas a todos aquellos en cuyas manos pueda caer este documento. Los dirijo a cada lector personal y directamente, y le suplico que reflexione bien sobre lo que digo.

- (1) En primer lugar, exhorto a todos los eclesiásticos leales a resistir valientemente los esfuerzos que se están haciendo ahora para desprotestantizar a Inglaterra y someterla una vez más al papado. No volvamos a la ignorancia, la superstición, el clericalismo y la inmoralidad. Nuestros antepasados probaron el papado hace mucho tiempo y lo abandonaron con disgusto e indignación. No retrocedamos el reloj y regresemos a Egipto. No tengamos paz con Roma hasta que Roma abjure de sus errores y esté en paz con Cristo.

Leamos nuestras Biblias y estemos armados con argumentos bíblicos. Un laico que lee la Biblia es la defensa más segura de una nación contra el error. No temo por el protestantismo inglés, si los laicos cumplen con su deber.

Leamos la historia y veamos lo que hizo Roma en el pasado. Lea cómo pisoteó las libertades de su país, saqueó los bolsillos de sus antepasados y mantuvo a toda la nación ignorante e inmoral. Lee a Fox, Strype, Burnet, Soames y Blunt. Y no olvides que Roma nunca cambia. Es su jactancia y gloria que ella sea siempre la misma. Solo dale poder absoluto en Inglaterra, y pronto sacaría los ojos de nuestro país y la haría como Sansón, una esclava degradada.

Leamos los hechos que se destacan en la faz del globo. ¿Qué ha hecho que Italia sea lo que es? El Papismo. - ¿Qué ha hecho de México y los Estados sudamericanos lo que son? El Papismo. - ¿Qué ha hecho de España y Portugal lo que son? El Papismo. - ¿Qué ha hecho de Irlanda lo que es? El Papismo. - ¿Qué ha hecho a Escocia, los Estados Unidos y nuestra amada Inglaterra, los países poderosos y

prósperos que son en la actualidad, y le pido a Dios que continúen por mucho tiempo? Respondo, en una palabra, protestantismo, una Biblia gratuita, un ministerio protestante, y los principios de la Reforma. Pensemos dos veces antes de prestar oído a los engañosos argumentos del liberalismo falsamente así llamado. Pensemos dos veces antes de ayudar al papado a recuperar su reinado.

- (2) Por otra parte, exhorto a todos los eclesiásticos leales y a todos los que aman la religión evangélica pura a permanecer unidos en estos días de división, y no permitir que la nota musical negra y los escrúpulos los separen. Dejemos que el amigo de la Revisión Litúrgica deje caer su panacea favorita por un pequeño espacio y ponga su hombro en el trabajo de mantener el Evangelio en la Iglesia de Inglaterra. Que el amigo de los avivamientos no crea que ha perdido tiempo para ayudar a oponerse a Roma. Si el papado triunfa una vez, no habrá más libertad para avivamientos. No podemos permitirnos perder amigos. Nuestras filas ya son muy delgadas. La Iglesia de Inglaterra exige de todo eclesiástico protestante y evangélico cumpla con su deber.

Las cosas se ven negras en todas las direcciones, lo admito libremente. Pero no hay motivo para desesperarse. El día no está perdido. Todavía hay tiempo para ganar una batalla. Pase lo que pase, no abandonemos nuestra posición ni abandonemos todavía el viejo barco. No complazcamos a nuestros enemigos colgando nuestras armas y marchando fuera de nuestra fortaleza sin una batalla. Más bien, mantengámonos firmes, como el buen obispo Hooper, y con la fuerza de Dios demos un frente valiente al enemigo. La Iglesia de Inglaterra ha hecho algo bueno en los días pasados, y todavía vale la pena preservarla. Si caemos en la lucha, regresemos al puerto con nuestras banderas. Pero mantengámonos firmes, como el valiente centinela de Pompeya; que nadie deje su puesto. Mi propia decisión está completamente decidida. Digo que es mejor que la Iglesia de Inglaterra perezca y se haga pedazos que abandonar los principios de John Hooper y tolerar el sacrificio de la misa y la confesión auricular.

Nota. Vale la pena leer la siguiente carta.

"Una carta que el Maestro Hooper escribió desde la prisión a algunos de sus Amigos, tres semanas antes de su cruel quema en Gloucester.

"La gracia de Dios sea contigo. Amén".

"Le escribí últimamente, y le dije a qué extremo había llegado el Parlamento con respecto a la religión, suprimiendo la verdad y exponiendo la falsedad, con la intención de hacer que todos los hombres por coacción, renuncien de sí mismos y volvieren a tomar por cabeza de la Iglesia el que no es cabeza ni miembro de ella, sino un muy enemigo, como lo registran la Palabra de Dios y todos los escritores

antiguos: y por falta de ley y autoridad, usarán la fuerza y la coacción, que han sido los argumentos que defienden al Papa y al Papado desde que esta autoridad comenzó en el mundo. Pero ahora es el momento de la prueba, para ver si tememos a Dios o al hombre. Era una cosa fácil de sostenerse con Cristo mientras el Príncipe y el mundo permanecían con Él; pero ahora el mundo lo odia, esta es la verdadera prueba de quienes son de Él. Por tanto, en el nombre y en la virtud, fuerza y poder de su Santo Espíritu, prepárense en todo caso para la adversidad y la constancia. No huyamos cuando sea el momento de pelear. Recuerda, nadie será coronado, sino el que lucha con valentía; y el que persevere hasta el fin, éste será salvo. Ahora debes apartar todas tus meditaciones sobre el peligro que estás viendo y resaltar la felicidad que sigue al peligro, ya sea la victoria en este mundo sobre tus enemigos o la entrega de esta vida para heredar el reino eterno. Cuidado con contemplar demasiado la felicidad o la miseria de este mundo; porque la consideración y el amor o el temor demasiado ferviente de cualquiera de ellos proviene de Dios. Por tanto, pensad en vosotros mismos, como tocando la felicidad del mundo, es bueno; pero, sin embargo, esto para nadie más sino para aquel que está con el favor de Dios. Debe conservarse; pero, sin embargo, tan lejos, que guardándolo no perdamos a Dios. Es bueno permanecer y quedarse quieto entre nuestros amigos aquí; pero, no obstante esto, no nos demoramos en caer en el desagrado de Dios, y en lo sucesivo moraremos con los demonios en el fuego eterno. No hay nada debajo de Dios que no pueda ser guardado, para que Dios, que está por encima de todas las cosas que tenemos, no permita que te pierdas.

Juzgad lo mismo de la adversidad. El encarcelamiento es doloroso, pero la libertad en malas condiciones es más dolorosa. Las cárceles apestan, pero no tanto como casas dulces donde falta el temor y el verdadero honor de Dios. Debo estar abandonado y solitario; Es mejor estar así y tener a Dios conmigo, que estar en compañía de los malvados. La pérdida de bienes es grande, pero la pérdida de la gracia y el favor de Dios es mayor... Es mejor la confrontación ante la pompa y el orgullo de los impíos que estar desnudo ante los ojos de todo el cielo y la tierra ante el Dios justo en el último día. En manos del cruel moriré: bienaventurado el que pierde esta vida, llena de miserias mortales, y vive para la vida llena de gozos eternos. Es penoso y doloroso apartarse de los bienes y amigos, pero no tanto como apartarse de la gracia y del cielo mismo. Por lo tanto, no hay felicidad ni adversidad en este mundo que pueda parecer grande, si se pesa con las alegrías o los dolores del mundo venidero.

"No puedo hacer más que orar por ustedes; hagan lo mismo por mí, por el amor de Dios. Por mi parte (doy gracias al Padre celestial), he hecho mis cuentas y me he encomendado a la voluntad del Padre celestial; Él lo hará, y yo lo haré, por Su gracia. Por el amor de Dios, tan pronto como puedas, envía a mi pobre esposa e hijos alguna carta tuya; y también mi carta, aquella que te envié últimamente. Como me dijeron, ella nunca recibió carta mía, desde la llegada de su majestad a ella; tanto más por culpar a los mensajeros, porque he escrito varias veces. El Señor los consuele y les

provea; porque nada puedo hacer en las cosas mundanas. Ella es una mujer piadosa y sabia. Si mi intención se hubiera cumplido, ella debería haber tenido las cosas necesarias; pero lo que quise decir es que Dios puede hacerlo, a quien le recomiendo tanto a ella como a todos ustedes, ahora soy una joya preciosa, y cuidadosamente guardada, nunca tan delicadamente; porque ni mi propio hombre, ni ninguno de los sirvientes de la casa, puede venir a mí, sino solo mi guardián, un hombre sencillo y rudo, Dios lo sabe; pero no soy nada cuidadoso con eso. Que te vaya bien el 21 de enero de 1555.

Tu siempre sujeto,

JOHN HOOPER".